



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11785

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 20 DE FEBRERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Canmarlin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE ORO Y COMPAÑIA, Caballos 15.

HASTA LA VUELTA

El Carnaval se ha ido

Y se ha marchado por isam nte
cuanto el pueblo le iba tomando
el gusto

Personas hay que notaban cierto
desasosiego que les traía inquie-
tas y han venido a descubrir aho-
ra, ígran descubrimiento! que lo
que deseaban era vestirse de algo
y echarse a la calle con la cara
tapada. En cambio hay otras que
no han perdido rípiro: se pegaron á
Momo cuando entro en funciones
y le han acompañado hasta dejarlo
con el pié en el estribo

Lo que tiene el Carnaval, según
sus fervorosos adeptos, es que du-
ra poco; si en vez de tres días du-
ra una quin-ena, no se encontra-
ría en todo el patio dos adarmes de
formalidad.

Mirándolo detenidamente, no re-
sulta tan malo como algunos dicen.
Cuando se anuncio que llegaba, ha-
bía un egumio de marca mayor:
gritos, denuestos, repiqueteo de
pedradas, carreras en pelo y sus-
tos á granel, complicados con una
de golpes que le arañaba el pelo al
lucero del alba; pero hizo una mue-
ca el viajero, agitó los cascabeles
de su gorro, dio tres zapaletas y
lo que era ira se tornó bullanga,
quedando la superficie social al-
terada por una tempestad de ale-
gría como lo estuvo antes por otra
de odio.

¡Qué ha de ser malo el Carnaval
si ha servido estos días al general
Azarraga como instrumento de
Gobierno! Ya quisieran todos los

primeros ministros que le han de
suceder en la poltrona tener un
Carnaval a mano para echarlo á
la calle cada vez que se alborota la
gente

El de este año no deja hue-
lla; ni el más leve recuerdo queda
de su paso. Lo mas que se dirá de
él, es que aquieto las pasiones—
esto parece un colmo—y que le
dió un bromazo á los políticos
abriendo de par en par las puertas
á la crisis

Acabado el bullicio entramos en
el tiempo de la penitencia y del
ayuno; y así como tras de la tempe-
stad viene la calma, tras de la or-
gia y del culto á la gaita entramos
ahora en un lapso de tiempo que
ha de ser dedicado á la aelga.

El Carnaval ha muerto. En su
tumba han caído los atributos con
que se presentaba, que no son ya
elegantes ni cultos. Séale la tierra
leve y sea también,—cuando den-
tro de un año renazca otra vez de
sus cenizas—menos grosero y me-
nos amigo del escándalo

Los bailes de má caras

Si el Carnaval va perdiendo en las
calles los atractivos de visualidad y ele-
gancia que tuvo en otros tiempos, los
sigue conservando en los salones. Amol-
dándose al sitio en que se encuentra, se
echa á la via pública con la escuela mal
oliente al hombro y rinde á Baco faná-
tico culto en las tabernas que encuen-
tra en su viaje; pero jamás se permite
entrar en los círculos con tal indumen-
tario y adiciones.

El, que en la calle se permite ciertas

libertades en el hablar y en el vestir,
nunca pasa el umbral de un salón sin
que la pulcritud presida sus actos, sus
palabras y su traje.

Buena prueba de ello ha ofrecido este
año, como lo ofreció en todos los que le
precedieron; y para que conste en los
tiempos futuros, síta va una sucinta
reseña de lo que han sido los bailes de
máscaras en el Carnaval primero del
presente siglo.

EN EL CASINO

Por su importancia y por el orden
cronológico, le corresponden desde luego
preferente lugar.

Con extraordinaria animación se han
verificado en los salones del Casino los
bailes del domingo y martes, y, como
siempre, ha merecido la mencionada so-
ciedad las preferencias de lo que en
fortuna, distinción y elegancia encierra
Cartagena. No decimos de hermosura
y de gracia porque esos dones los repartio
Dios entre nuestras paisanas sin de-
jar desheredada á ninguna.

En traje de salón, luciendo preciosas
toiletas ó bien disfrazadas con trajes
históricos, de época ó caprichos, ha asis-
tido á esos bailes lo más florido de nues-
tra sociedad; siendo la concurrencia tan
grande que sobre ser insuficientes, los
salones resultaban más pequeños aun.

Entre las familias que asistieron re-
cordamos—y sentimos las omisiones que
puedan resultar de nuestra falta de me-
moría—á las señoras y señoritas de
Góngora, Wandossoli, Aguirre, Manza-
nares, Pareja, Martí, Pomares, Aguilar,
Candido, Dilgado, Anzoto, Doggio,
Riandi, Pavia, Cánovas, Martínez, Sán-
chez, Zapata, A. Royo, Briones, Gonzá-
lez, Ruiz, Arnau y otras muchas cu-
yos nombres no logramos averiguar por
que no se quitaron los antifaces y desfil-
aron antes de que las fiestas termina-
ran

En el intermedio fueron obsequiadas
las señoras.

Para el próximo día de Piñata se pre-
para otra fiesta de igual índole, que será
la última de la temporada y estará
no menos concurrida que las anteriores.

EN EL TEATRO PRINCIPAL

Soberbio estuvo el baile con que el
Círculo del Ejército y la Armada obse-
quió á las familias de sus socios el lunes
anterior.

Como el domicilio social resulta insu-

ficiente y ya se ha demostrado en fies-
tas de menos atracción que la mencio-
nada, la en que nos ocupamos se celebró
en el teatro Principal.

Al efecto, había sido lindamente deco-
rado el elegante coliseo con flores y ra-
maje, estando convertido el escenario
en un jardín, en el cual fué instalado el
bufet:

Fué esa una noche que dejará grato
recuerdo, pues pocas como en ella se
congregarán en el coliseo de la plaza del
Rey, una concurrencia tan grande y
distinguida, ni ofrecerá la sala un as-
pecto tan agradable y hermoso como
la noche de esa fiesta.

Ca la palco ó plaza semejaba ramillete
de preciosas flores y unos y otras,
en conjunto, formaban encantador mar-
co de hermosura, de gracia y gentileza,
en cuyo fondo se veía discurrir una re-
presentación numerosísima de la más
bella mitad del género humano, no me-
nos hermosa y gentil que la que llenaba
los palcos y plateas.

Con esos atenciones no es extraño que
las horas corrieran veloces.

A nosotros nos parecieron minutos y
al acabar el baile y al cruzar el vestibulo,
sintiendo ya en la calle el inteno
frio de la madrugada, nos pareció que
acabábamos de salir del mundo de las
ilusiones para entrar de sorpresa en el
de las realidades.

EN EL ATENEO

Este círculo ha festejado el Carnaval
de la manera brillante que sabe hacerlo,
pues de ello tiene dadas de muy anti-
guo numerosas pruebas.

Sus dorados salones, en los que com-
piten el gusto y la riqueza, se han visto
favorecidos nuevamente por numerosas
mascaritas que abrieron un paréntesis
con su bullicio y algazara al silencio que
en ellos domina todo el año. Los sun-
tuosos espejos que adornan las paredes
han reflejado bellezas superiores, cuer-
pos esculturales, disfraces caprichosos y
el conjunto de hermosura y de gracia
que periódicamente en estas fiestas asis-
te al Ateneo.

Bien puede estar contenta la junta di-
rectiva de la citada sociedad por el re-
sultado que han tenido los bailes de este
año, que no han desmerecido de los an-
teriores.

EN EL TEATRO CIRCO

Conocido es de todos este baile que

tanta atracción tiene para los devotos
de Terpsicore. Por la amplitud de su
sala y por lo enorme de la concurrencia
que en ella se exhibe, despierta siempre
general expectación.

Este año no ha desmerecido de los
anteriores. La sociedad «El Obrero» que
los ha explotado con benéfico fin, lo
adornó con gusto y lo iluminó con gran
explotación, resultando la gigantesca
sala, después de llena por las mascaritas,
de un efecto hermosísimo.

Predominaban los disfraces, la mayo-
ría de capricho, y fué durante la velada,
lugar de diversión para los bailarines y
lugar de refugio para los mirones.

DESDE LOS MOLINOS

Sr. Director de EL ECO.

Como supongo que le placirá dar en
su periódico noticia de las fiestas carna-
valesas celebradas aquí, le envío esos
apuntes para que haga con ellos lo que
mejor le cuadre.

Como de costumbre, el Casino Indus-
trial y El Liceo han celebrado sus bailes
de máscaras con extraordinaria animación.
En una y otra sociedad las juntas
directivas han echado el resto en la de-
coración de los salones. El Casino pare-
cía un jardín. En él ha habido concu-
rrencia enorme, como todos los años y
han abundado los disfraces, algunos
muy bonitos.

Entre la concurrencia ha llamado la
atención, entre otras mascaritas, una ni-
ña de nuestro amigo D. Pedro García
Arroyo, que lucía un lindo disfraz de
Trovador.

En el Liceo también han resultado
animados los bailes de máscaras. El ves-
tibulo estaba adornado con macetas; la
sala de baile con colgaduras, figurando
los palcos que habrán de ser construídos
en breve.

La nota más simpática de las fiestas
verificadas en esta sociedad es el baile
de niños celebrado anteanoche. Fué—
y es bastante decir—superior á cuantos
se celebraron hasta ahora. El disfraz
más bonito lo lució el niño León Carlos
que iba vestido de Luis XVI y acom-
pañado, como era natural, por María
Antonieta, representada por María Bo-
rrajo.

Disfrazados de lindos pajes iban Peri-
co Valdivieso y Román Mulet; de ma-
rripasa, pero marripasa lindísima, Luisa
Maoiá; de serpentina Encarna Peragón

RENATA MAUPERIN

65

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 64

RENATA MAUPERIN

61

y llamó á una puerta de modesta aparien-
cia, que lo fué abierta.

—¿El sacerdote M. Blampois?

—Aquí es, señora—contestó un criado con acento
belga, librea negra, mirar modesto y que se inclinaba
al saludar.—Hizo atravesar á Mad. Mauperin una
antecámara en que se notaba agradable olor,
después un comedor bañado de sol y en cuya mesa
central había colocado un cubierto, y llegó al cabo
á un salón adornado de flores que embalsamaban el
ambiente. Encima de un órgano melodioso, lleno de
ricas instalaciones, veíase una copia de «La noche
del Correggio». En otro lienzo, encerrada en negro
marco, «La comunión de María Antonieta» y de sus
gendarmes en la prisión de la Conserjería, litogra-
fiada conforme á una leyenda. Numerosos recuer-
dos, caprichos y objetos de aguinaldos llenaban las
mesas, y sobre una de ellas, en el centro de la habi-
tación, se veía una reducción en bronce de la «Mag-
dalena», de Canova. Los muebles, de variada tapi-
cería y piadosamente labrados, manifestaban lo que
eran: regalo de devotas del eclesiástico.

Allí aguardaban hombres y mujeres: abrían la
puerta de la habitación de aquél, permanecían den-
tro algunos minutos, y volviendo á salir saludaban
y se iban. La última de las personas que aguarda-

traje negro de la más elegante severidad y de un
buen gusto casi austero.

—Voy á París.

—¿Cómo á París? ¿Y qué vas á hacer allí?

—Dios mío, ¡qué pesado te pones con tanto pre-
guntar!... ¿Quieres saberlo de veras?

—Si no tienes inconveniente en decirlo...

—Amigo mío, voy á confesarme—dijo Mad. Mau-
perin bajando la vista.

M. Mauperin guardó silencio. En los primeros
tiempos de su matrimonio su esposa había tenido
la piedad de asistir á misa todos los domingos; más
tarde había acompañado á sus hijos al catecismo,
siendo los únicos deberes religiosos que le había vis-
to cumplir. Desde hacía diez años la encontraba con
naturalidad ingenua, indiferente como él. Pasado
el primer momento de estupefacción, abrió la boca
para hablar, la miró sin decir nada, y volviéndose
de repente salió de la habitación tarareando una co-
sa á la que sólo faltaban la letra y la música.

Llegada á una hermosa casa de la calle de la Mag-
dalena, Mad. Mauperin subió hasta el cuarto piso

nuestro hijo se case, ¿no es cierto? Pues bien, no de-
seo otra cosa: casémosle.

—¿Por lo mucho que contigo puede contarse para
casarle! ¡Por el mucho trabajo que te tomará... y las
molestias que te ocasionará!

—Eso es una injusticia, querida mía... Parece
que no hace quince días aún ha dado pruebas... ¡Oír
una ópera pesadísima... Tomar helados por la noche
á pesar de lo que los aborrezco... hablar de la lluvia
y del buen tiempo con un provinciano que pregona-
ba la dote de su hija en los bulevares... Si no con-
ceptúas esto como una molestia... ¡Que ha fracasado!
¿Es culpa mía, si aquel caballero quería para su hija
«un buen macho», según su frase? ¿Es culpa mía,
mía sola, si nuestro hijo no tiene la constitución de
un Hércules?

—Mauperin...

—Bien, bien... yo soy culpable de todo... y de
creerte un verdadero egoísta...

—¿Como todos los hombres!

—Gracias, en nombre de los mismos.

—No, eso entra en nuestro carácter... y no hay
que censuraros por ello... Sólo las madres se toman
estos cuidados... ¡Ah! Si fueres como yo... si no se
te apartase del pensamiento cuanto puede ocurrir á
un joven... Bien sé que Enrique es juicioso... pero